

## COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

### CONFLICTO EN EL SURESTE ASIÁTICO

De vez en cuando los medios informativos dan noticia del conflicto armado entre Vietnam y Camboya, actualmente Kampuchea, pero sin incluir el tema en el repertorio de preocupaciones del mundo occidental. Sin embargo, por muy a trasmano que nos cojan estos dos países, se está dirimiendo en la lucha el futuro de una parte de Asia comprensiva de Tailandia, Birmania, Malasia y Singapur.

Es difícil determinar cuál de los dos países inició las hostilidades en el caso de la lucha armada entre Kampuchea y Vietnam. Una muralla de China rodea Vietnam, y más aún Kampuchea, en materia informativa. No obstante, a través de noticias facilitadas por refugiados, cabe inclinarse por la versión de que, ebrios de orgullo por su victoria de abril de 1975, de hecho fanáticos e histéricos, los jemers rojos la emprendieron acto seguido con las poblaciones campesinas de pueblos fronterizos de Vietnam, si bien sólo en mayo de 1977 los reiterados incidentes fronterizos adquirieron categoría de conflicto armado... y silenciado. En efecto, sólo el 31 de diciembre el jefe del Estado jemer, Khieu Samphan, denunció «a sus amigos de los cinco continentes y a la opinión pública mundial» «la guerra no declarada» que imponía a su país la República Socialista de Vietnam con vistas a «apoderarse del Kampuchea para integrarlo en una federación indochina dominada por Hanoi». Por su parte, en comunicado del 7 de enero, Hanoi declaró que recurría al derecho de legítima defensa para rechazar las fuerzas jemers que habían violado el territorio nacional y dado muerte a millares de campesinos vietnamitas. Y, al socaire del derecho de legítima defensa, las tropas vietnamitas han ocupado esa avanzadilla territorial camboyana en Vietnam, que es el famoso «Pico de Loro», así como las poblaciones de Mimot y Kred, penetrando 40 kilómetros en Camboya.

Este éxito militar nada tiene de asombroso. Vietnam, con sus 50 millones de habitantes y su aguerrido y bien pertrechado ejército

de un millón de hombres, está ampliamente en condiciones de arrojar a un Kampuchea de sólo seis millones de habitantes y cuyo ejército de 60.000 hombres no tiene la experiencia bélica y combatividad de su adversario, lo que sugiere que sólo un demencial orgullo o una estupidez supina ha incitado a los jemers rojos a emprenderla con Vietnam, dando así rienda suelta a un odio nacido de humillaciones y rencores con hondas raíces históricas.

A principios de nuestra era, el caso es que el floreciente reino jemer comprendía el rico delta del Mekong, y que en los siglos XII y XIII, Camboya dominaba prácticamente el sur de Vietnam. Luego vino la decadencia del imperio jemer y el auge de los pueblos vietnamitas. Sin el protectorado de Francia sobre Camboya (1863), este país hubiera pasado a manos de los vietnamitas. A raíz de la segunda guerra mundial, la lucha contra Francia acercó a los dos países tradicionalmente a la greña, si bien en la Conferencia de Ginebra (1954) los comunistas vietnamitas dejaron a sus congéneres camboyanos en la estacada, pese a la ayuda que les habían prestado. La intervención norteamericana en Vietnam borró ese mal recuerdo. Aunque más por pasiva que por activa, Camboya colaboró con Hanoi, al extremo de que al llegar al poder el anticomunista Lon Nol (1970), la presencia en suelo camboyanos de unidades norvietnamitas fue pretexto para tomar represalias contra la minoría civil vietnamita afincada en suelo camboyanos. Por tanto, las confusas cuentas por ajustar entre Camboya y Vietnam no son de hoy.

Sin embargo, a pesar del apoyo que China Popular presta a Phnom-Penh, contrapartida del que Hanoi recibe de la URSS, la República Socialista de Vietnam aparece como un gigante junto al casi enano país que es Camboya o Kampuchea, lo cual facilitaría la creación de esa federación de Indochina, cuyo deseo Ho Chi Minh formuló en su testamento y a la que China Popular se opone. Ahora bien, ¿hasta qué punto China Popular se dejaría comprometer, y asimismo la URSS, en la lucha entre los dos vecinos? ¿Estaría China Popular dispuesta a echar el resto para impedir un control soviético del mar de China, por Vietnam interpuesto? Es de tomar en cuenta que Vietnam ha hecho siempre gala de independencia y que jamás ha optado decididamente por Moscú o por Pekín. Pero el apoyo de Pekín a Camboya, caso de prolongarse y agravarse el conflicto, acarrearía un acercamiento de Hanoi a Moscú. Es extremo que alteraría su mantenida posición equidistante entre los dos grandes del marxismo. Ello explica acaso que, teniendo el viento en popa en el conflicto con su vecina, Vietnam diera a conocer el 7 de febrero su proyecto de

solicitar de las Naciones Unidas la aprobación de su plan de paz con Camboya. El plan preveía una zona desmilitarizada de 10 kilómetros a lo largo de los 700 kilómetros de frontera común y el control y supervisión internacional de la paz. Camboya se ha negado en redondo a negociar, a retirar sus tropas de la frontera y a aceptar cualquier mediación exterior. Aprovechando la visita a Phnom-Penh de la viuda de Chou En-lai, ¿ha incitado China Popular a la adopción de esa postura para impedir que Vietnam pueda desempeñar el papel de pacífico? Ello podría dar paso a una mayor influencia vietnamita en el sureste asiático, que a la postre redundaría en provecho de la URSS, que está al lado de Hanoi en la contienda. Es muy arriesgado aventurarse en las complejidades de la política asiática, en particular de la china.

El conflicto no se ha resuelto, pero a pesar de su superioridad militar y de toda índole, Vietnam no da señales de querer rematar sus éxitos. La paciencia es virtud asiática. Le Duan, sucesor de Ho Chi Minh, la practica no precipitándose a aprovechar la oportunidad de derrocar a Khieu Samphan y, cuando menos, instalar en Phnom-Penh dirigentes menos inamistosos, compás de espera antes de federar los pueblos de la península indochina. Tal vez se le impone la necesidad de reorganizar, reconstruir y consolidar Vietnam antes de ampliar su influencia o dominar más allá de las fronteras de su país.

De todos modos, a la corta o a la larga, no se impone que Camboya o Kampuchea podrá hurtarse por lo menos a la influencia de Vietnam. Una constante de la Historia es que los pueblos fuertes gravitan sobre los débiles, aun en el caso de contar con un poderoso amigo, como es China Popular. Pero no es fronterizo. En cambio lo son Laos, con el que Vietnam ha firmado un tratado de amistad previsto para veinticinco años; y Tailandia, también hostigada por Camboya por motivos de reivindicaciones territoriales, país hacia el que Vietnam da pasos amistosos. El tiempo dirá si el sueño federativo de Ho Chi Minh será un día realidad, por mucho que el embajador de Vietnam en París haya negado que semejante idea se les haya pasado por mientes a los dirigentes de Hanoi.

#### LA CEE, ESPAÑA Y LOS OTROS DOS CANDIDATOS

El nombramiento, el 10 de febrero, del señor Calvo Sotelo al frente del recién creado Ministerio para las Relaciones con las Comunidades Europeas y la llegada a Madrid, el día siguiente, del vicepresidente-

te de la Comisión Europea, don Lorenzo Natali, pusieron en candele-ro el tema del ingreso de España en la CEE, aunque en ningún momento haya dejado de estarlo. Si la visita del comisario particularmente encargado de la ampliación de la CEE suscitó esperanzas de pronta admisión de España en la «Europa de los Nueve», el visitante no las fomentó. Al contrario. Sería de agradecer de no haber sido previsible que las cosas irían por sus pasos contados, por cuanto, en primer término, el ingreso no sólo de España, sino también de Grecia y Portugal, es operación preñada de repercusiones en razón de los problemas de adecuación que plantea a los países candidatos y de las incidencias que su ingreso puede tener en las instituciones, el ordenamiento jurídico y la cohesión económica de la Comunidad. Tal cohesión económica no es tan sólida como para resistir sin riesgos fuertes sacudidas, singularmente en el ámbito agrícola, siempre conflictivo. Y en lo que a España respecta, es bien sabido que el sector agrícola es el que suscita de entrada las máximas dificultades. Ello se debe a que el ingreso de España expondría ciertas producciones comunitarias a una competencia incrementada que agravaría los problemas económicos, sociales y políticos de las regiones menos desarrolladas de la Comunidad. Son éstas las regiones mediterráneas de Francia e Italia, cuyas posturas reticentes resultan claramente definidas, por no decir negativas, aunque oficialmente suavizadas por manifestaciones verbales de amistad y cordial acogida a las pretensiones españolas. Es que la ampliación del Mercado Común es necesidad política insoslayable. En cuanto hecho económico, es otro cantar, como cabe deducir del método de admisión acordado por los ministros comunitarios de Asuntos Exteriores en la reunión de Leeds Castle. Los tanteos comunitarios en favor de la adhesión política de España a la CEE, dejando el ingreso económico para más adelante, pone de manifiesto lo que conviene y no conviene, ya que no a los «Nueve», cuando menos a la mayoría, en particular a Francia e Italia. Ambas vienen luchando para lograr una reforma que reequilibre la política agrícola común y el fondo de ayuda a las regiones, lo que todavía no han conseguido. Por tanto, es lógica medida de defensa de los intereses nacionales—no neutralizados en la CEE—que Francia e Italia se cierren de banda hasta alcanzar sus objetivos, conforme quedaban expuestos en los memorandums que presentaron en su día, evitando así que el ingreso de nuevos miembros agrave sus problemas agrícolas y antes bien los resuelva.

En materia agrícola, España representa una amenaza que no supone realmente ni Grecia ni Portugal. España puede ser muy com-

petitiva para el Languedoc, el suroeste de Francia, Córcega y el Mezzo Giorno. Por ejemplo, en lo que respecta a los vinos corrientes. En igualdad de calidad, el vino español es harto más barato que el francés e incluso el italiano. Por consiguiente, desde el punto de vista francés e italiano, se impone que el ingreso de España esté supeditado a una previa adecuación de las estructuras agrícolas y a una reforma del reglamento, lo que puede ir para largo.

De otra parte, el ingreso de los tres candidatos multiplicaría por tres las cantidades que la Comunidad destina a las regiones mediterráneas de los «Nueve». Es decir, que los países candidatos bien podrían obtener del presupuesto comunitario ventajas que excederían cuanto ingresaran. El cálculo efectuado para Grecia arroja el resultado de 300 millones de unidades de cuenta al año. De ahí que antes de iniciar las negociaciones, la CEE necesite saber cuál será el costo financiero del ingreso de los tres candidatos y que, con anterioridad a su viaje a España, el señor Natali visitara las capitales de los «Nueve», inquiriendo cuánto cada uno de ellos está dispuesto a pagar por la incorporación de nuevos miembros y llevar a cabo la reforma comunitaria que la facilite. A la hora de la verdad, que es la de los desembolsos, los «Nueve», en el caso concreto de España, no podrán por menos que tomar en cuenta su tasa de inflación, la situación de su balanza de pagos y otros factores que hacen que «el dictamen sobre España sea un *poquito* más complicado que el de Portugal», como dijera Lorenzo Natali en declaración de prensa. En claro: el costo del ingreso de España puede ser elevado para una CEE afectada por la crisis económica, de la que no se salva ningún país que no tenga independencia energética.

En el sector industrial, pese al reciente y notable desarrollo de España, lo que la sitúa a nivel similar al de los países comunitarios, el hecho es que si en 1974 la renta per cápita media de esos países arrojaba 4.000 dólares anuales, España no pasó de los 2.200 dólares anuales. Es diferencia difícil de eliminar a corto plazo, de no superarse rápidamente el bache de una disminución de la producción como la que se viene registrando por razones diversas, que no es el caso detallar, pero que la Comisión encargada del dictamen previo a las negociaciones no dejará de examinar. Con todo, hay en la industria española sectores competitivos, al extremo de ser susceptibles de agravar los desequilibrios que se dan en la Comunidad. Por tanto, cabe calificar de reacción defensiva las drásticas medidas adoptadas en materia de aceros, textiles y, recientemente, de maderas reconstituidas, que la candidata España exportaba ampliamente a los países

miembros. Son ejemplos prácticos que ilustran y explican la prudencia de la Comunidad frente a un ingreso de España con su industria sectorialmente competitiva y una capacidad de producción que no tiene punto de comparación con la de Grecia o Portugal.

Otro extremo nada deleznable que explica las previsibles dilaciones comunitarias respecto al ingreso de España, y asimismo de los otros dos candidatos, se deriva de su política mediterránea, o sea, de los acuerdos preferenciales suscritos con los países del Magreb, patrocinados por Francia. Habría de reconsiderarlos al ampliarse la CEE, tal como ha sucedido con el acuerdo preferencial suscrito con España al ampliarse la Comunidad de los «Seis» a «Nueve». Y no cabe olvidar que Turquía es miembro asociado, como lo era Grecia hasta solicitar su ingreso en la CEE.

Finalmente, y esto es válido para España y los otros dos candidatos, la ampliación de la CEE entraña problemas institucionales y jurídicos, en particular una agravación del ya existente en razón de la requerida unanimidad para adoptar decisiones, lo que entorpece la marcha de la organización y suele convertir las decisiones en soluciones de compromiso. Por tanto, se impone efectuar una reforma de las instituciones y sus normas, sin mengua de una fortaleza que en ocasiones ha suscitado perplejidades.

Por supuesto, este comentario no pretende establecer la lista exhaustiva de los obstáculos que se alzan en el camino de los tres candidatos hacia la CEE. En lo que a España atañe, éstos y otros se vieron aludidos por las claras, aunque cautas, declaraciones de don Lorenzo Natali en su visita de trabajo. Aparte de insistir en la necesidad de realizar una reforma de la CEE para reequilibrar la política agrícola común y destacar la importancia de los problemas agrícolas, dijo: «También existen otros; tenemos que hacer una lista de todos para discutirlos sin dilación», a fin de preparar el minucioso dictamen que solicita la Comisión. En tal dictamen, no quedará cabo por atar. Por ello el señor Natali, pese a su cordialidad, hubo de eludir toda precisión en cuanto a plazos de ingreso de España en la CEE.

De ahí que el modesto observador desapasionado haya llegado a la conclusión, previa desde luego a la vista del señor Natali, de que las esperanzas ilusionadas que originó el aplauso comunitario a la homologación política de España con los países miembros, no significa el ingreso sin más en una organización basada en la economía. En ella impera, ¡ay!, la fría dialéctica de las cifras, los porcentajes y las estadísticas, que son hechos incuestionables. «La opción polí-

tica positiva para el ingreso de España en las comunidades», como dijera el señor Natali, no pasa de ser esperanza que da ánimos para esperar.

#### DE NUEVO, SITUACIÓN CONFLICTIVA EN EL LÍBANO

Los choques armados, negociaciones, altos el fuego y reanudación de los combates se han venido siguiendo e imbricando de tal modo en el Líbano que, en cualquier momento, resulta difícil conocer la situación real existente en ese desgraciado país. Ciertamente, hasta principios del año en curso cabía distinguir dos fases en la contienda que se inició a finales de 1975. La primera, aquella en que lucharon las fuerzas derechistas, mayoritariamente cristianas, y en particular las Falanges libanesas o *Kataeb* de Pierre Gemayel, y la izquierda libanesa, con claro predominio musulmán—ejército del Líbano árabe del teniente Jaleb y seguidores de Kamal Jumblatt—, apoyada por las organizaciones palestinas, de hecho, uno de los factores determinantes del conflicto. La segunda fase se inició con la intervención el 31 de mayo de 1976 del ejército sirio, que, paradójicamente, acudió en auxilio de la derecha cristiana. Sin la ayuda siria estaba abocada a la derrota, con todo lo que implica de horror en el caso de una guerra civil sin cuartel.

Los acuerdos adoptados en la cumbre árabe de Riad (26 de octubre de 1976)—menos por Irak—dieron respaldo a la intervención de Siria. Junto al alto el fuego, los acuerdos preveían la creación de un contingente militar pacificador, cuyo costo de sostenimiento ascendía a 90 millones de dólares, pero el 59,5 quedaba a cargo de los países árabes petrolíferos. Salvo algún contingente simbólico destacado por los países árabes, fueron fuerzas sirias las que asumieron la misión de mantener la paz entre bandos enfrentados.

En Beirut y demás ciudades del norte se restableció la calma—la paz no es palabra adecuada—. En cambio, ya a principios de 1977 se volvieron a registrar en el sur incidentes y choques armados entre cristianos, de una parte, e izquierdistas musulmanes coaligados con los palestinos allí afincados. Entonces Israel echó su cuarto a espadas e hizo saber que no toleraría presiones sobre los cristianos que, por incongruente que tal parezca, han recibido solapada y, en ocasiones, abiertamente protección y ayuda de Tel-Aviv, no por cristianos, sino por adversarios de los palestinos refugiados en el Líbano, que son su pesadilla.

Estos conflictos localizados y un poco marginales no estorbaron la esperanza de proceder a la reconstrucción del Líbano, ampliamente arruinado. La concesión de 50 millones de dólares por parte de los Estados Unidos, anunciada por el secretario de Estado, Cyrus Vance, en su viaje a Beirut de febrero de 1977, animó a poner manos a la obra. Mientras, los palestinos triplicaban sus efectivos en el sur; donde, a mediados de septiembre volvía a subir la temperatura bélica. La situación se fue agravando, al extremo de que tropas israelíes penetraron en territorio libanés, como medida defensiva, se dijo. Después de muchos dimes y diretes, se llegó a un alto el fuego, y las tropas israelíes volvieron a sus puntos de partida.

Lo que jamás ha vuelto de verdad en el Líbano es la paz, pese a los esfuerzos del presidente cristiano, Sarkis, y del gobierno formado por el musulmán Salem Al-Hoss para normalizar la caótica vida del país y reorganizar el ejército, merced al crédito de 100 millones de dólares que concedían los Estados Unidos, según comunicó Cyrus Vance, de nuevo huésped del gobierno libanés en agosto de 1977.

Precisamente del ejército en vías de reorganización había de saltar la chispa que el 7 de febrero iba a provocar una serie de nuevos enfrentamientos, esta vez entre fuerzas armadas libanesas, a las que se unieron las milicias cristianas y fuerzas pacificadoras sirias... Lo que no se podía imaginar cuando año y medio antes los sirios ponían término, ya que no a la guerra civil, sí a una de sus fases. ¿Asistimos a una nueva fase del conflicto del Líbano? Porque en marzo se registraron nuevos choques armados en los que hubo, parece ser, un cambio de pareja en el baile bélico, por lo que a Siria respecta.

Lo que sí se desprende de los hechos es que, extralimitándose en su misión, y acaso actuando como en país conquistado, los sirios pretendieron en febrero controlar las actividades del Ejército libanés en el cuartel Faradieh. No lo toléraron los libaneses. Rápidamente se recurrió a la dialéctica de las armas ligeras y pesadas. La exigencia siria de que les dejaran ocupar el cuartel Faradieh y se les entregaran los militares libaneses que habían participado en los combates prolongó durante días la lucha. Hay indicios de que el complejo de tropas de ocupación —y no de pacificación— de las fuerzas sirias en el Líbano había venido envenenando las relaciones entre pacificadores y pacificados.

Pero en un país que, como el Líbano, está dividido en facciones enemigas, el tercero en discordia tiene mucho adelantado para imponer de algún modo sus criterios. Y, a la postre, renunciando a juzgar por su cuenta a los militares libaneses, Siria formuló una supuesta



solución de compromiso: que Líbano creara un Tribunal conjunto sirio-libanés para establecer las responsabilidades por los choques armados que se iniciaron en el cuartel Faradieh.

Ocioso es destacar la importancia de esa solución, no carente de maquiavelismo al exigir que la respaldara una ley votada por el Parlamento libanés, por cuanto su aprobación afecta la soberanía del Líbano. Es de suponer que a los diputados libaneses no se les pasara por alto la trascendencia de su voto para el futuro del país. Con todo, de los 73 diputados presentes en la sesión del 14 de febrero, sólo uno votó en contra de esa ley, cuya normativa establece el Tribunal mixto, es decir, da por buena la intervención de Siria en la administración de la justicia en el Líbano.

Si «la fuerza ahorca», ¿puede la debilidad no dejarse ahorcar? Y no es preciso mencionar la debilidad actual del Líbano, en tiempos tan próspero y pacífico que lo denominaron «la Suiza del Próximo Oriente». Llega al extremo de buscar la paz o la ausencia de choques violentos a cualquier precio, aunque ello suponga meter el dedo—en el caso, el dedo jurídico—en el engranaje de una estrecha vinculación a Siria, que siempre consideró el Líbano territorio nacional, arbitrariamente desgajado por Francia durante su mandato.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

